

SOLEDAD

En plena canícula. El sol, abrasador. En la playa, la arena ardiente despide una halitosa neblina que produce espejismos fantásticos.

El azul del cielo y el azul del mar, en la lejanía, se funden en un estrecho abrazo. ¡Cuánta luz!

Maridaje perfecto y armonía por doquier. Matices de una suavidad tan penetrante que impresiona al espíritu y recrea el alma del ser contemplativo. Todo es exultante, fuerte.

¡Oh, bahía! Grande. Enorme, porque ofreces un horizonte amplio, ilimitado... ¿Cómo estimar tu mérito e importancia? Se sabe apreciar tu belleza y se quiere decir cuánto se admira tu extraordinaria magnificencia. Pero... ¡cuánta dificultad de expresión!

Eres un monumento natural de perenne hermosura y de incansable afabilidad. Bahía plácida, bahía brava, quién te dió tanto «ser»? Personificación viviente e inconfundible de lo que es el corazón de nuestra Costa Brava.

No cabe dentro del pecho tanta expectación, tanta maravilla captada por unos ojos ávidos y hambrientos de ver y valorar con justeza todo cuanto de bueno y maravilloso puso Dios en nuestro mundo. Las pupilas se dilatan el pecho se ensancha, la imaginación discurre a velocidades incontrolables y la emoción más sublime y serena invade por completo el alma y el espíritu, provocando una ansia y un frenesí de derramar sobre los seres todos, ese excedente de apasionamiento y amor creado por un estado de alma que enjendra la contemplación de la naturaleza. Todo ser humano con una fantasía viva y profunda tiende a idealizar cuanto realidad vive, pero la inteligencia es incapaz para describir, cual merece, ese cuadro precioso tan sabiamente combinado de sublimidad y gracia de estilo. Aquí todo contiene una frescura y una sencillez tan plácida como prodigiosa.

Sobrecogido el ánimo ante tanta inmensidad, resta absorta la mente y muda la boca para articular frases, ya que solamente los labios son capaces de formular con suma delicadeza y suavidad una humilde y sencilla plegaria de agradecimiento por tan íntimo gozo vivido y tanta emoción experimentada. Ni las palabras más bellas y sentidas traducirían fielmente la calidez emotiva que inspira el transcurrir de unas horas por un silencioso y solitario camino de ronda. Un silencio y una soledad, empero, repleto de sonidos deliciosos y amables cual sea misma música que esparce periódicamente en este sitio ideal el eco cadencioso y suave de unas frases que fueron escritas por genios artistas y que son interpretadas por esos seres tan sensibles y prodigiosos que perpetúan lo que son maravillas de arte,

logrando con su interpretación recrear a otros seres de espíritu elevado y aguda sensibilidad. ¡Qué momentos de intensa vibración y cuánta compenetración! ¡Naturaleza! ¡Arte! En un prurito inenarrable el corazón vierte por estos caminos la gratitud y el infinito amor que se siente por todo eso tan grande, que Dios quiso, logran realizar unos hombres magníficos con pleno y amplio sentido de la estética y responsabilidad.

Tampoco es posible silenciar la existencia de la diminuta pero gran cala, que se encuentra al vagar por el ya citado camino de ronda. Pequeño oasis en días de invierno que invita a un descanso físico, a la par que su acogedora intimidad brinda un confortable calor que el cuerpo mucho agradece, produciendo siempre una placentera sensación de abrigo. Esta cala contemplada desde cualquiera de las partes que la circunda y a cualquier hora, es siempre bonita y muy bondadosa para el que desee allí reposar e idealizar cuantas cosas sean gratas a la voluntad. Festoneada en lo alto por algunos airoso tamarindos y también por otras variedades de árboles simpáticos y bellas flores, la vemos enmarcada de una prestancia y donosura que dá gozo contemplar.

Las olas a sus pies siempre se mueven dulcemente, con una timidez infantil, encantadora, cual si temieran romper con su ruido la paz reinante de un recinto tan solitario como discreto. El agua clara y quieta permite ver en todas sus graduaciones una gama de azules y verdes transparentes que solo reproduce nuestro espléndido mar. Es un verdadero placer pasar un rato allí, tendido en la arena en el atardecer de un día que haya sido caluroso. O bien en plena noche, cuando la luna lo ilumina todo, reposar lánguidamente sentado en un pedáneo de escalera desde donde se pueden contemplar las irisaciones fantas-

magóricas que la luz del astro nocturno proyecta sobre el mar.

No existe forma humana capaz de transferir a otros, unos instantes de plenitud tan divinamente sentida. Un estado de alma semejante no es posible transmitirlo en el íntimo y profundo arcano que cada hombre consciente y sensible tiene dentro de sí. Pero el solo pretender explicar lo que uno siente, para que los demás puedan gozarlo y vivirlo a su manera, puede ser algo que produzca emoción al que recibe y al propio dador.

Sublimidad en la Naturaleza y grandilocuencia en el ambiente circundante.

Realidades bellas y gratas que alientan bajo la bóveda azul y serena para despertar anhelos de humanidad y misticismo.

¡Divina soledad! ¡SOLEDAD! Cuánto bueno y exquisito se vive en tu compañía! Tanto da de sí cuanto abarca tan delicioso vocablo, tanto y tan superior, que produce cierta pena sea despreciada — por desconocida — la incalculable felicidad que pródigamente suministra. En la soledad, dentro de ella y por ella, es posible vivir horas llenas de «algo» tan maravilloso que hace capaz al hombre de no percibir este vacío tan enorme del que la mayoría de los mortales de hoy en día se lamentan.

Esta agitación constante y total, ese ir y venir de acá para allá; el movimiento excesivo, incongruente y continuo para mirar mucho, — sin ver nada —, hoy en día lo domina todo. Cual inconscientes mariposas pretenden libar el néctar de todas las flores de los caminos por donde cruzan raudos y como locos, sin tener conciencia ni notar apenas, el intenso y exquisito sabor espiritual tan emotivo y puro que contienen las cosas de este mundo terrenal, que el Supremo Hacedor hizo tan infinitamente sabroso.

A. A.

Agosto 1958

Barcelona
en
Gerona

POR FIDEMAR

En el paraje siempre acogedor y maravilloso de la Dehesa, está enclavado el nuevo camping de Gerona. En realidad, el sitio es formidable. Bordea la carretera general de Madrid a Francia y su parte Norte está bañada por las aguas limpias y caudalosas del río Ter.

Tales precedentes unidos al alud de extranjeros que a diario entran en nuestra Patria, parecen indicar bien a las claras que el éxito del citado «camping» no es para describirse. No obstante, en este caso las apariencias engañan, y la realidad nos demuestra que no es oro todo lo que reluce.

Alguna deficiencia debe existir en la organización del «camping» de referencia, que, por otra parte, se halla incluí-

do ya en todas las guías turísticas de rango internacional.

A nuestro entender hace falta dar vida y animación al camping municipal, merced a una buena y adecuada iluminación, que indique bien a las claras su condición. Música, alegría y movimiento en las horas adecuadas, y el resto a no dudar, vendrá solo.

Entre tanto, el camping de Gerona discurre sin color en pleno verano. La mayoría de turistas que discurren cerca del mismo, no tienen ni ocasión de percatarse que lo que tienen al lado es, ni más ni menos, que un camping.

La organización debe ser eficiente. Sólo entonces podrán ser iguales los resultados